

Historicidad de la creación intelectual: un debate en el escenario contemporáneo de conflictividad política y social

Felipe Antonio Bastidas-Terán¹
Solveig Josefina Villegas-Zerlin²
Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela

I. De la contradicción científica a la creación intelectual

Un aspecto inherente a la discusión que motiva este editorial es la consideración de las tensiones y contradicciones suscitadas al interior de las ciencias y, claro está, entre ellas, sus productos y su forma de responder por ante el mundo social. Las llamadas “ciencias del espíritu” hallaron, no sin sortear numerosos entuertos, su legitimación durante el pasado siglo frente a las entronizadas “ciencias naturales” (cfr. De La Garza y Leyva, 2012). Sin embargo, la historia de la ciencia reconoce que las disciplinas consteladas bajo uno u otro conglomerado afrontan, a menudo, similares dificultades.

La antropóloga argentino-venezolana Hebbe Vessuri (2014: 170) llama la atención sobre esto último al señalar que, una de las contradicciones estructurales de la ciencia contemporánea reside en la oposición categorial conocimiento/ignorancia; en tal sentido, apunta: “La educación en ciencias es hoy mucho más dogmática que en la teología; herramientas útiles se enseñan como hechos incontrovertidos. Esto se magnifica en el contexto de las ciencias sociales”. Pareciera entonces que la realidad del sesgo y las preconcepciones continúan estando en la palestra de intercambio de saberes. La autora sentencia: “Apenas si hemos aprendido cómo nuestro conocimiento y nuestra ignorancia reciben forma de valores que permean la investigación” (ibid.).

Así pues, con la separación de las disciplinas científicas, durante el siglo XIX, las creaciones relacionadas con el arte y la filosofía se distanciaron del trabajo intelectual fundamentado en la investigación: las primeras se consideraron bajo el rótulo de humanidades, las “ciencias naturales” se perfilaron como ciencias propiamente dichas. Por su parte, las ciencias sociales quedaron en una frontera donde, desde el punto de vista positivista, se cuestionaba su rigurosidad (Wallerstein, 2006), pues desde sus inicios tomaron prestadas herramientas de “las humanidades” tales como la hermenéutica, la intersubjetividad y la carga valorativa inherente a todo ser humano en su quehacer investigativo.

Así mismo, dentro de la lógica y tradición modernas, el autor o la autora de una obra se toma en cuenta como quien realiza un hecho individual, llevando a cabo una empresa en solitario. Sin embargo, la creación intelectual supone mucho más, en tanto que proceso de manifestación cultural generado en condiciones sociales de producción de conocimiento. El autor o la autora de investigaciones, expresiones artísticas y

1. Doctor en Ciencias Sociales-mención Estudios Culturales (Universidad de Carabobo), Doctor en Ciencias de la Educación (Universidad Bicentenario de Aragua). Director-Editor de la Revista Estudios Culturales (2018-actual); Coordinador del Grupo de Investigación Alteridad Latinoamericana y Caribeña; Profesor Titular (Universidad de Carabobo). Identificador ORCID: 0000-0002-4867-0711.

2. Cursante del Doutorado em Letras (PPGL) de la Universidade Federal do Espírito Santo, Brasil. (Beca-OEA/GCUB, 2019). Candidata a Doctora en Ciencias Sociales, mención Estudios Culturales (Universidad de Carabobo, Venezuela). Editora Asistente de la Revista Estudios Culturales (2018-Actualidad). Profesora Asociada (Universidad de Carabobo). Identificador ORCID: 0000-0001-7824-6316

prácticas profesionales representa un momento histórico, una espaciotemporalidad, un contexto cultural. George Lukács (1966:10)³ arroja luz, en particular, sobre la creación artística, aseverando que “toda obra de arte auténtica cumple y amplía al propio tiempo las leyes de su propio género. Y la ampliación tiene siempre lugar en el sentido del cumplimiento de las ‘exigencias del momento’”. De allí entonces que durante el proceso creativo se plantee que el fruto da cuenta del pensamiento, época, circunstancias, demandas sociales, sentimientos expresados o reprimidos de quien lo ha generado, así como de la ambición de una sociedad o simplemente de una meta de trascendencia.

En este orden de ideas, para Jacqueline Hurtado de Barrera (2006) la persona constituye un ser en situación y un ser en devenir, es decir, ubicado en lugar e instante sobre el discurrir de una historicidad que, aunque no lo determina, sí lo condiciona como ser en constante cambio; la autora también reseña la ética como dimensión de la persona. Por ende, el creador o la creadora intelectual no puede separarse de sus valores ni principios, de su lugar de enunciación ni de su espaciotemporalidad. Aún en la actualidad, en muchos contextos se sigue solicitando la neutralidad valorativa, si bien resulta cada vez más aceptado que quien investiga exponga y advierta en sus estudios sobre sus valores, intereses e ideología política.

En consecuencia, la objetividad en la investigación ha sido desplazada por valores más viables y posibles como: vigilancia epistemológica, credibilidad, rigurosidad, saturación, devolución sistemática de las personas estudiadas o beneficiarios, honestidad... (cfr. Sandín, 2003). A propósito de esto último, y en cuenta de la contradicción referida en tanto que oposición categorial en páginas anteriores, parece válido considerar en tal desplazamiento de valores durante la creación intelectual, un distanciamiento que contribuye a equilibrar la balanza entre aquello que se presume o se tiene por sabido y aquello que se ignora.

II. Autoría estética, campo intelectual e historicidad

El artista de la actualidad no parece tener mayores problemas con la neutralidad valorativa o la objetividad. Paradójicamente, se sigue cuestionando su trabajo intelectual, invisibilizando la racionalidad, la técnica, la investigación, la reflexión y otros procesos mentales que acompañan la sensibilidad, la emocionalidad y el gusto estético. Todavía hay contextos donde se debate la apoliticidad del arte, no obstante, existe consenso en aceptar la complementariedad, e incluso, la integración entre arte y política.

Traigamos a colación de nuevo a Lukács. Al abordar uno de los ensayos escritos por el autor durante el año 1936, asistimos a una hondísima inquietud que gravita en torno a los elementos concomitantes de la representación de la realidad en la obra artística y las atribuciones de las y los autores involucrados, en particular, en el ámbito de la literatura. Este filósofo se preocupa y se ocupa de perfilar la creación de la obra cuyo esplendor surge al desplegar las relaciones y pasiones humanas en el tapiz de una pieza literaria, confiriendo a las situaciones, personajes y dinámicas creadas una profunda “plasticidad” que, quien escribe, ha insuflado caracterizando y animando todo cuanto constituye la obra, plasmando con maestría, las luchas, relaciones y paradojas humanas. De allí la comprensión de que el arte, a fin de cuentas, pueda reproducir o denunciar un orden establecido o instituido (cfr. Jamenson, 1995), promueva la agencialidad, advierta sobre temas invisibilizados o problemas tan reincidentes que se tornen cotidianos y se normalicen.

La creación intelectual también está presente en la práctica profesional, en la cual se adaptan, innovan

3. Tomado del Prólogo que el gran crítico literario húngaro hizo para la primera edición de su obra en lengua española.

y aplican conocimientos adquiridos, y se generan nuevos procedimientos, tecnologías, (re) ordenamientos, agencialidades. Bajo esta configuración, la creación intelectual se torna más visible y aprehensible en la educación, el periodismo, el trabajo social, y otras disciplinas de las ciencias sociales, pero se manifiesta también en disciplinas como la ingeniería. Sin embargo, no se registra ni se sistematiza, y pocas veces el o la intelectual está consciente de su capacidad creadora, de sus obras, de su aporte a la producción de conocimientos. Tal tema que se ha tratado de rescatar por medio de la propuesta de la sistematización de las experiencias (Barrera, 2008), como un modo de despejar la falsa creencia de que la creación intelectual solo se da en las universidades y en la academia.

A menudo, al juzgar una obra intelectual de índole científica o académica se presta atención a aspectos como las teorías de soporte, los caminos/métodos seleccionados, la demarcación disciplinaria, los enfoques particulares y el tratamiento brindado; correspondientemente, si es una creación artística, se da más interés a las técnicas involucradas, el estilo y los rasgos estéticos. Si es el caso del abordaje de productos del ejercicio profesional, suele buscarse elementos que atestigüen la credibilidad de quien refiera la experiencia, pareciendo resultar muy deseables los hallazgos que permitan acusar prestigio y relevancia consolidados y avizorables a través de dicha obra, desdeñando a menudo el desempeño y subestimando la experticia.

Emprender una mirada retrospectiva, a fin de sopesar la creación intelectual, la autoría estética y el ejercicio de práctica profesional a la luz del abordaje de obras y productos por estas instancias generados, supone considerar el devenir histórico en cuyo marco han tenido lugar y constituye labor crucial para una justa valoración de la producción del intelecto. Los desarrollos de la sociología de la cultura producidos por Pierre Bourdieu en la segunda mitad del s. XX nos traen la consideración del campo intelectual que incorporaremos a la presente discusión por cuanto arroja luz sobre las instancias autor/a, creación intelectual e historicidad, centro de nuestro interés.

El campo intelectual se configura mediante las fuerzas ejercidas por los “agentes” que lo integran, mismos que, continuamente, se incorporan, deponen e imponen, creando un sistema de ubicaciones cuya dinámica vincula el poder detentado con la autoridad y la posición alcanzados (cfr. Bourdieu 2002). El autor o autora, su obra, las y los lectores/destinatarios (o posibles), el mercado, la legitimidad y la consagración cultural, constituyen agentes y configuraciones que posibilitan el sistema de relaciones ha lugar en el campo intelectual. El sociólogo francés, sostiene:

La relación que el creador mantiene con su creación es siempre ambigua y a veces contradictoria, en la medida en que la obra intelectual, como objeto simbólico destinado a comunicarse, como mensaje que puede recibirse o rehusarse, reconocerse o ignorarse, y con él al autor del mensaje, obtiene no solamente su valor –que es posible medir por el reconocimiento de los iguales o del gran público, de los contemporáneos o de la posteridad- sino también *su significación y su verdad*⁴ de los que la reciben tanto como del que la produce (ob. cit.: 20).

El campo intelectual, esto es, el conjunto de complejas relaciones que lo constituyen “no puede disociarse de las condiciones históricas y sociales de su integración” (2002: 17); en virtud de ello, tampoco el producto simbólico terminado que una o un intelectual o artista genere y que estará provisto con las verdades, inquietudes y demandas impuestas con la impronta del contexto histórico social de su tiempo. De allí la importancia crucial que guarda la valoración de la historicidad de la obra intelectual en cualquiera de sus formas.

4. En cursiva en el original.

En este contexto, estudiar tanto el creador intelectual como las obras de su autoría se perfila como una importante herramienta para la investigación, la epistemología y la sociología de la cultura y del conocimiento. Abordar un autor o autora, el conjunto de sus obras, los temas de interés tratados y su impacto en relación con una determinada disciplina en un espaciotiempo específico, coadyuva a la comprensión de las culturas, contribuye a repasar aspectos que las sociedades no han resuelto, favorece el entendimiento de cosmovisiones y subjetividades, la generación de historia de la ciencia y el encuentro de antecedentes para solucionar problemas o retos emergentes o reincidentes. De ahí la importancia del número que hoy presentamos.

La conflictividad social y política que vive actualmente América Latina y el mundo, demanda visitar la creación intelectual y la generación de conocimientos, a través del estudio de autores y autoras y de sus obras, como testimonios de un análisis e interpretación de un espaciotiempo que quedó registrado mediante el arte, la investigación, la tecnología y la práctica profesional. Revisando autores y autoras conocidos e invisibilizados, se pueden hallar claves para interpretar la realidad compleja actual, se abren perspectivas no vistas y se avanza en la senda del conocimiento sobre las bases que la ciencia (entendida como reservorio sistemático de saberes) ya ha creado.

En este contexto, preocupa la actual corriente anti-intelectual presente en América Latina, la cual acusa a la academia y a la intelectualidad de no dar aportes significativos a los retos y problemas sociales y políticos. Esto nos hace vulnerables y proclives a regímenes autoritarios de corte populista de izquierda o de derecha (Funk, 2019). Como es sabido, el tema no es la ausencia de respuestas y propuestas, más bien se trata de la falta de voluntad política para escucharlas, procesarlas y aplicarlas. Si de algo nos pueden acusar a los/las intelectuales, es de no hallar la forma de comunicarnos mejor con nuestros públicos, de no vincularnos más con la ciudadanía y acompañarla desde el activismo o la militancia y menos desde la mera reflexión, aunque sin duda, ésta por sí sola es indispensable.

En este número se abre un espacio de discusión sobre la importancia del estudio y la reflexión en torno a la creación intelectual: Marcos Fidel Barrera Morales, abre la disertación fundamentando porqué el arte forma parte del ejercicio intelectual y argumenta la procesualidad e integralidad entre autoría y obra. Francisco Ardiles visibiliza la creación artística de la poetiza Silvina Ocampo. En esta misma línea, Liuba Alberti analiza iconográficamente las obras de El Pintor del Tocuyo, artista plástico venezolano de la Colonia que, desde su anonimato, nos ayuda a comprender la mentalidad de aquella época.

En el campo de las ciencias sociales, Ángel García revisita la vida y obra de Miguel Acosta Saignes, a quien presenta como un científico interdisciplinario adelantado a su tiempo que supo integrar la sociología, la antropología y la historia para comprender la sociedad venezolana y, por extensión, la latinoamericana: expone sus propuestas que aún no han sido escuchadas y siguen vigentes. En este orden, Luis Rodríguez refiere el interés de los trabajos arqueológicos en la zona del Lago de Valencia y su contribución a la antropología venezolana, tema producto de una sistematización que visibiliza tan importante aporte.

Seguidamente, Lisbeth Castillo González reflexiona acerca de la responsabilidad del docente universitario como creador, transmisor y difusor de contenidos en la era digital, e invita a realizar vigilancia epistemológica en este sentido, desde una perspectiva crítica y comprometida. Por su parte, en el terreno de la investigación, Yanett Polanco argumenta porqué la neutralidad valorativa es un tema ya trascendido y la ciencia se asume desde la integralidad del ser humano, con la ética e intencionalidad de quien investiga bien definidas, hecho que no le resta rigurosidad a sus estudios. Seguidamente, Amada Mogollón discurre sobre la ética y la investigación

dentro de la práctica docente universitaria.

Gerardo Barbera fundamenta el uso de la hermenéutica en la historia de vida como método y herramienta de investigación social, desde el cual la persona se observa como creadora de su propia existencia. Se cierra el tema central con las distintas formas de asumir y utilizar la hermenéutica en la investigación a cargo de Elio Vegas. Complementa este número la comprensión del ser llanero a través de la vivencia de un creador intelectual popular venezolano: Omar Moreno, el arpista errante; gracias a la entrevista realizada por Manuel Díaz Rivas.

En otros temas de interés Cyntya Amezaga presenta su investigación y crítica sobre las estrategias para la educación patrimonial aplicadas en una localidad, mientras Nelson Gabriel García Mendoza, da cuenta del modo de vida de una comunidad pesquera mediante un estudio de su principal actividad productiva.

La historicidad de la creación intelectual es un tema para el debate, desde el punto de vista social, cultural, político, ético y epistemológico. En este número, se trataron la mayoría de ellos. La invitación es a los y las intelectuales a emprender la reflexión sobre su capacidad creadora y su labor de ser expresión de demandas, inquietudes y propuestas en determinado contexto sociocultural, y al mismo tiempo, a considerar los aportes de sus predecesores a fin de propiciar un avance efectivo de la ciencia y la facilitación de respuestas consistentes a retos y problemas sociales emergentes o persistentes.

Referencias

- Barrera, Marcos (2010) *Sistematización de experiencias y generación de teorías*. Caracas/Bogotá. Quirón/Ciea-Sypal.
- Bourdieu, Pierre. (2002) *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montessor.
- De la Garza, Enrique y Leyva, Gustavo (2012). *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*. Fondo de Cultura Económica, México: UNAM.
- Funk, Robert (2019, marzo 29). El curioso caso del antiintelectualismo [Artículo en línea]. *Revista Capital*. Recuperado: <https://www.capital.cl/el-curioso-caso-del-anti-intelectualismo/>. Consultado: marzo 17 2020.
- Hurtado de Barrera, Jacqueline (2006). *Psicología de la integración*. Caracas/Bogota: Ciea-Sypal/Quirón.
- Jamenson, F. (1995). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. (Trad. Prado, J.). Barcelona: Paidós (primera edición en ingles 1994).
- Lukács, G. (1966) Problemas del realismo. (Carlos Gerhard Trad.). México: Fondo de Cultura Económica (primera edición en español).
- Sandín Esteban, María Paz (2003). *Investigación cualitativa en educación. Fundamentos y tradiciones*. Mc Graw Hill. Madrid, España
- Wallerstein, Immanuel. (2006). *Análisis de Sistema – Mundo. Una introducción*. México – Buenos Aires – Madrid: Siglo XXI.